FUERA DE AGENDA

REGRESAR A LA NADA

ALESSANDRO DE GIORGI

Regresar a la nada. La reinserción de los presos y la negligencia neoliberal

Back to Nothing: Prisoner Reentry and Neoliberal Neglect

Alessandro **De Giorgi**[1]

Volvemos a la nada. Nos fuimos de la nada y volvemos a la nada
—Darryl (notas de campo, 14 de diciembre de 2011)

En 2015, en los Estados Unidos más de 7 millones de personas—cerca del 3% de toda la población nacional—se encontraba viviendo en alguna forma de control penal. Entre esta masa de ciudadanos privados de su libertad, 2.2 millones de individuos, equivalente a las 4 ciudades más grandes del país, estaban confinadas en penitenciarías federales, prisiones estatales, y cárceles locales (Kaeble y Gaze, 2016: 1). De acuerdo con estimaciones recientes, los niños nacidos en 1990 con padres afroamericanos que no tienen diploma de escuela secundaria enfrentan un 50% de probabilidades de ver a su padre detenido antes de cumplir 14 años (Wildeman, 2009: 273). Los varones negros nacidos entre 1975 y 1979 que no terminaron la escuela secundaria tienen un 70% de posibilidad de pasar un tiempo detenidos a los 35 años (Western y Wildeman, 2009: 231).

Como el criminólogo Bruce Western ha señalado, el ciclo de la prisión y reinserción se volvió un "evento de vida habitual" para una gran parte de la población marginalizada latina o negra que es joven, para quienes la experiencia del encarcelamiento se ha vuelto más común que otros hitos en el curso de la vida como casarse, ir a la universidad o hacer el servicio militar (Western, 2006: 20-32). Esta extrema concentración del poder penal estatal entre las comunidades pobres de color llevó a los académicos críticos a describir la inédita expansión carcelaria de las últimas décadas como la consolidación de un paradigma racializado de gobierno punitivo de los pobres en una sociedad neoliberal cada vez más fracturada por la desigualdad racial y de clase (Alexander, 2010; Tonry, 2011; Wacquant, 2009).

[1] **San Jose State University**
https://orcid.org/0000-0003-3772-1488
alessandro.degiorgi@sjsu.edu

Copyright © by
Cuestiones Criminales

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited. See credit lines of images or other third-party material in this article for license information.

Citar: De Giorgi, A. (2026) "Regresar a la nada: la reinserción de los presos y la negligencia neoliberal", *Cuestiones Criminales*, 9 (17): 423-471. Traducción al español por Joaquín Plantamura (UNLa). Revisado por Nahuel Roldán (LESyC, UNQ - FCJyS, UNLP).

Publicado originalmente: "Back to Nothing: Prisoner Reentry and neoliberal Neglect", *Social Justice*, 44(1), 2017, 83–120.

POTENTIAL CONFLICT OF INTEREST: The authors have indicated they have no potential conflicts of interest to disclose.

PALABRAS CLAVE: reenserción, etnografía, prisión
KEYWORDS: reintegration, ethnography, prison

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Aún así, el depósito en cárceles de hombres y mujeres pobres de color en Estados Unidos, ilustra solamente una de las caras de la actual crisis penal. La otra está representada por el problema cada vez más grave de la reinserción de los presos. Mientras la expansión penal avanzó sin control entre mitad de los años 70' y principios de los 2000, tanto la criminología mainstream como los políticos "duros con el crimen" pasaron por alto de manera sistemática el hecho de que el 95% de los prisioneros eventualmente son liberados y enfrentan la ardua lucha de reinsertarse—o más comúnmente intentan integrarse por primera vez—dentro de la sociedad (Petersilia, 2003; Thompson, 2008; Travis, 2005). Sólo en 2015, más de 641 mil personas fueron liberadas de cárceles estatales y nacionales en Estados Unidos (Carson y Anderson, 2016: 11) y un promedio de 1700 cada día, sin contar que más de 11 millones de personas circula cada año a través de las verdaderas instituciones de "gestión de la chusma" que son las cárceles locales (Irwin, 1985: cap.1).

Estas masas de hombres y mujeres marginalizados y jóvenes son arrojadas diariamente en los barrios segregados de contención de los que fueron forzosamente removidos meses, años o décadas atrás. A menudo sus únicas posesiones son una bolsa de ropa, un boleto de colectivo y algunas veces unos pocos dólares de "salida" provistos por el departamento de correccionales al momento del egreso. Cuando son los suficientemente afortunados de tener algún familiar esperándolos cuando salgan, los ex prisioneros vuelven a hogares que fueron aún más empobrecidos y desestabilizados por la constante y traumática experiencia de tener un familiar tras las rejas (Braman, 2004; Comfort, 2008, 2016). Como consecuencia de sus antecedentes penales—a nivel estatal—tienen un certificado negativo, que en la práctica funciona como una manera efectiva de discriminación para sus empleadores, dueños de casa, prestamistas, etc.—haciendo que los presos que salen de prisión sean aún menos empleables que antes de que entraran a prisión (Pager, 2007). Una vez de vuelta en las calles, atrapados entre las realidades cotidianas de la pobreza, la falta de hogar, problemas de salud, adicciones, y la amenaza inminente de volver a estar detenidos, la mayoría de ellos va a luchar para

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

sobrevivir como recicladores crónicamente desocupados, mendigos, estafadores y renegados (Gowan, 2010), mientras los pocos "exitosos" serán aquellos incorporados en el mercado laboral de segunda, inseguro degradado, donde van a servir de manera alternada como una fuerza de trabajo hiper explotada o una desechable reserva de trabajo (Bumiller, 2015; Doussard, 2013). En otras palabras, se unirán a las filas de lo que el británico economista político Guy Standing (2011) recientemente definió como *el precariado*. Para sorpresa de nadie, el ciclo de encarcelamiento y reinserción se ha vuelto una poderosa ingeniería—tanto como invisible[1]—para la reproducción de la desigualdad racializada.

La reinserción de los presos en Oakland

Este artículo presenta algunos hallazgos preliminares de un estudio etnográfico que realicé entre un grupo de personas que habían estado encarceladas y enfrentaban el desafío de la reinserción en Oakland, California. Entre marzo de 2011 y marzo de 2014, pasé mi tiempo entre prisioneros liberados en las esquinas y los entreviste y seguí mientras buscaban trabajo, aplicaban para programas sociales, intentaban recuperar sus licencias de conducir, luchaban contra adicciones de largo plazo, buscaban viviendas accesibles, sufrían desalojados, dormían en sus autos y mendigaban fuera de los supermercados. Durante 3 años desarrollé relaciones cercanas con 15 personas. Todas ellas, con una sola excepción, eran varones afroamericanos o latinos. La mayoría de ellos tenía alrededor de 40 años al momento de la investigación (hubo también unas pocas personas mayores), la mayoría con largas trayectorias de vida de encierro

[1] La invisibilidad mencionada es por lo menos doble. Por un lado, el grupo social hiper criminalizado que engrosa las filas tanto de la población de las cárceles como de la reinserción, es en gran medida invisible para sus conciudadanos de clase media y alta por el carácter racialmente segregado de prácticamente todos los aspectos de la vida cívica y social en Estados Unidos: desde el trabajo hasta el ocio, de la educación al consumo, etc. Por el otro lado, el depósito carcelario de los pobres racializados efectivamente esconde a millones de personas marginalizadas de las estadísticas gubernamentales en una amplia cantidad de problemas sociales (por ejemplo, desempleo, educación, salarios, etc.) con la consecuencia de generar distorsiones artificiales de los indicadores sociales de desigualdad (Véase Pettit, 2012)

en centros de detención para menores, cárceles locales, estatales y federales.

Oakland es una ciudad que supo ser industrial, con población predominantemente negra y latina (28% y 25.4% de la población en 2010, respectivamente), con una importante historia política de activismo interseccional de trabajo y movimiento por la justicia racial (Murch, 2010; Rohmberg, 2007). Entre otros eventos, la primera sede del partido de las Panteras Negras para la Autodefensa fue fundado en Oakland en octubre de 1966 por Huey P. Newton y Bobby Seale, quienes en aquellos años eran estudiantes de una institución comunitaria de educación superior de la ciudad. Al igual que otras ciudades industriales de los Estados Unidos, entre las décadas de 1970 y 1990 Oakland fue testigo de profundos procesos de reestructuración capitalista, relocalización, desindustrialización y renovación urbana que transformaron sus barrios obreros minoritarios—antes llenos de vida—en planicies ampliamente desoladas, salpicadas de galpones en desuso, fábricas abandonadas y edificios tapiados: un ejemplo paradigmático de lo que Loïc Wacquant ha denominado el "hipergueto" posindustrial (Wacquant, 2001: 103-8; 2008: 43-91). Hoy en día, Oakland se ve afectado por los altos niveles de pobreza (en 2015, un 20% de las personas vivía abajo de la línea de pobreza), altos niveles de desempleo (10.5% en comparación con el promedio nacional de 4.9% en 2016), grandes desigualdades de ingresos y un desenfrenado proceso de gentrificación que rápidamente está reconfigurando el paisaje urbano y profundización la segregación espacial de las personas sin hogar y de la pobreza urbana[2]. Para sorpresa de nadie, la ciudad también se caracteriza por sus altas tasas de encarcelamiento y de personas que regresan luego de haber estado detenidas: en 2014 se encontraban viviendo en Oakland 4.400 personas con probation y 1.055 con libertad condicional (Alameda County Probation Department, 2014: 7-8).

[2] De acuerdo con el informe realizado por la organización comunitaria de Oakland Causa Justa/Just Cause (2014,7) entre 1990 y 2011 en los barrios que vivieron un proceso acelerado de gentrificación (por ejemplo North Oakland y Rockridge), el promedio mensual de alquiler se incrementó en un 30%. En el mismo período, como consecuencia de la gentrificación, Oakland perdió cerca del 40% de su población afroamericana.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

La investigación se enfocó en dos áreas de Oakland donde la pobreza racializada—así como el encarcelamiento masivo y el regreso de la gente de prisión—se ha concentrado históricamente: el este y oeste de Oakland. La mayor parte del trabajo de campo tuvo lugar en un área geográfica que abarca sólo unas manzanas del oeste de Oakland—un barrio en ruinas conocido en la calle como Ghost Town. Estas pocas cuadras emergieron como un campo particularmente adecuado porque comprenden una área urbana extremadamente empobrecida que se está convirtiendo rápidamente en un "gueto de servicios": un espacio autosuficiente, rodeado por todos lados por la gentrificación de los barrios del centro, y que las autoridades locales designaron como la ubicación ideal para los refugios para gente en situación de calle, casas transicionales, clínicas comunitarias, refugios de mujeres, hogares de tránsito, hoteles baratos y programas de rehabilitación. En este sentido, la ciudad fantasma de Oakland ofrece un claro ejemplo de cómo se ve la emergente "industria de la reinserción" en la era del encarcelamiento masivo (Thompkins, 2010).

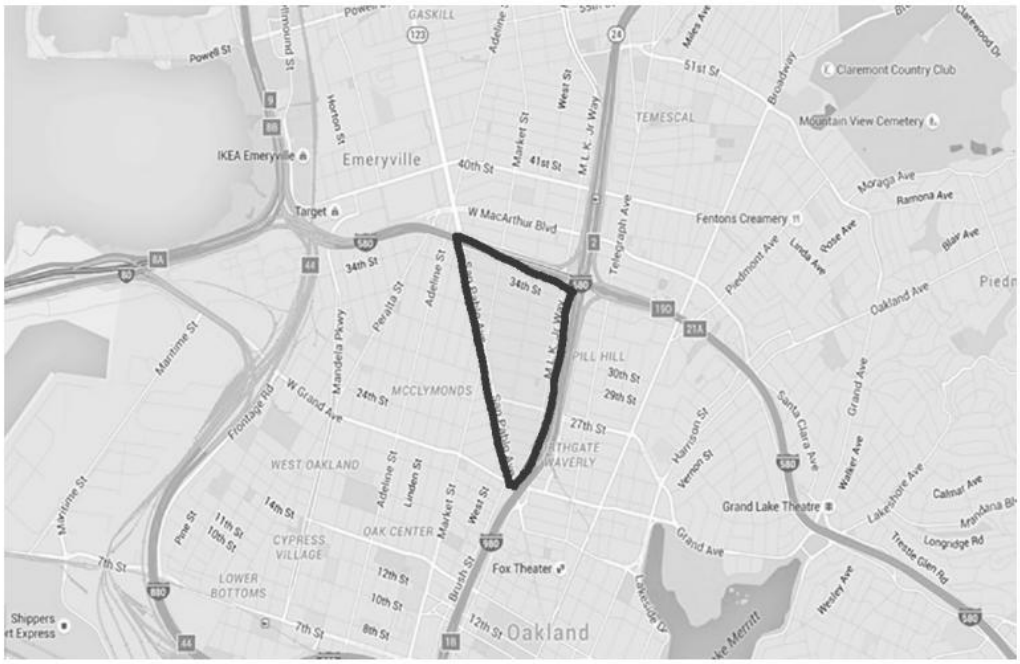

Imagen 1: Mapa de Ghost Town

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

El área específica de mi trabajo de campo se caracteriza por una concentración extrema de poblaciones criminalizadas—personas en situación de calle, recicladores, adictos, personas con discapacidades, estafadores, trabajadores sexuales, jornaleros, ex detenidos, etc.—y algunas de las cifras más altas de delito, encarcelamiento y personas liberadas en la ciudad de Oakland. De acuerdo con el censo 2010, en la zona donde conduje mi investigación, el 48% de los residentes estaba desempleado; la media de ingreso por hogar era de $19.800 por año, comparado con los $54.618 para el resto de la ciudad de Oakland; 44% de las familias vivía bajo la línea de pobreza, pero los números saltaban al 64,5% en las casas con mujeres como jefas de familia con hijos menores de 18 años. Finalmente, cerca del 5% de la población era afroamericana y un 21% latina.

La entrada al campo me lo brindó una pequeña clínica comunitaria localizada en el corazón del Ghost Town, que ofrecía servicios gratuitos de salud a los residentes pobres y sin seguro del área. La clínica fue fundada en 2001 por un pastor afroamericano, un ex prometedor jugador de la NBA nacido y criado en el Oeste de Oakland, quien a principios de los años 80'—después de sufrir una seria lesión en la cancha—desarrolló una adicción a las pastillas para el dolor. Se trataba de una organización religiosa sin fines de lucro, financiada principalmente con subvenciones y eventos de recaudación. La clínica estaba ubicada en un modesto edificio con una tienda al frente, rodeada por edificios tapiados. Contaba con una pequeña área de espera con un escritorio para el equipo de trabajo y unas pocas sillas para los pacientes; una sala de visitas equipada con insumos médicos básicos, donde un doctor y dos enfermeras veían a los pacientes; y un pequeño baño. Dentro del mismo edificio, al lado de la clínica, se encontraba una habitación libre utilizada por varias organizaciones sin fines de lucro como salón de clases para cursos de informática básica y armados de currículums, como barbería gratuita, y como sede de una iniciativa local de prevención del delito a través de la intervención comunitaria en la calle.

Además de ofrecer atención médica básica y otros servicios a los pobres, la clínica comunitaria también proveía oportunidades de voluntariado y

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

empleo a un limitado número de personas recientemente liberadas. Durante mi tiempo en el trabajo de campo en la clínica, las personas que habían sido recientemente liberadas con una libertad condicional de nivel estatal o una probation federal, tenía la opción de inscribirse para uno o más servicios ofrecidos por la clínica, así como aplicar como voluntarios en la organización. Eventualmente, algunos de ellos conseguían ser contratados—aunque siempre a medio tiempo y solamente por unos pocos meses—como miembros del equipo. Normalmente un promedio de seis o siete liberados están en la nómina de personas asalariadas de la organización. Como miembros del equipo, sus responsabilidades incluyen tomar contacto con otros prisioneros liberados, el ingreso de nuevos pacientes, responder el teléfono, barrer los pisos, limpiar los baños, vaciar los tachos de basura y pararse en la esquina para asegurar que gente potencialmente dañina o peligrosa (como una persona intoxicada o alguien que anda armado) no puedan acercarse[3]. El pago por hora era de $12 para personas que normalmente trabajaban alrededor de 20 horas a la semana, por un promedio mensual de salario de $960.

Al momento de este estudio, la mayoría de los miembros del equipo estaban todavía con libertad condicional o con probation. Algunos de ellos vivían solos o con sus familias, lo que les permitía quedarse con la totalidad del salario que recibían de la clínica. Otros se encontraban viviendo bajo supervisión estricta en alguna casa de tránsito federal controlada por la multinacional corporación de prisiones GEO Group. Estas personas sólo tenían permitido dejar las casas de tránsito por unas pocas horas al día para dedicarse al trabajo voluntario de la clínica, ir a las oficinas del servicio social o buscar un hogar, y debían realizar test de uso de alcohol y drogas diariamente. Además de esto, tan pronto como conseguían ser contratados (ya sea en la clínica u otro empleo), se les retenía el 25% del pago para el dueño privado de la casa de tránsito como una “cuota de manutención”.

[3] Trabajar en la esquina fuera de la clínica era la tarea más deseada por los miembros del equipo, en la medida que contemplaba la libertad de socializar con otras personas en la calle, fumar cigarrillo, usar el celular, y en ocasiones hacer una visita a la más cerca tienda de licores. De manera predicable, estas expediciones semi clandestinas a la tienda de licores resultaron ser muy productivas -aunque algo costosas- para las sesiones etnográficas.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Finalmente, un grupo más pequeño del equipo vivía en un edificio coadministrado por la misma organización sin fines de lucro que manejaba la clínica comunitaria. Como inquilinos, a estos empleados se les requería que paguen un alquiler por una cantidad que era sólo unos dólares menos que los cheques que recibían de la clínica. De manera que cada mes, una vez que se les retenía este monto de los cheques, sólo les quedaban unos pocos dólares para gastar. Es así como algunas de las personas del equipo de trabajo consideraban todo este arreglo como una estafa. Aún así, el acceso a un trabajo de medio tiempo y tener acceso a un alojamiento decente—sin mencionar los cuidados médicos básicos—era ya mucho más que lo que pueden aspirar la mayor parte de las personas liberadas. De hecho, la mayoría de los empleados del equipo nunca cuestionó estos arreglos con los administradores de la clínica.

Como voy a tratar de demostrar a lo largo de este artículo, el objetivo inicial de mi investigación fue el estudio de la reinserción de los presos—que en ese momento entendía como el último capítulo de la continua expansión del Estado carcelario estadounidense- pero terminé aprendiendo más sobre la pobreza crónica y la lucha diaria por sobrevivir en una ciudad ciudad neoliberal que sobre cualquier expansión significativa del estado penal. De alguna manera, antes que vidas fugitivas “huyendo” de los tentáculos del hipertrófico sistema penal, tomando prestado el reciente trabajo de Alice Goffman (2014), fui testigo en su lugar de las luchas diarias de personas estigmatizadas luchando por liberarse de las garras de la pobreza crónica, la pérdida repentina de vivienda, los padecimientos físicos y mentales sin tratamiento y la ausencia de servicios sociales adecuados; una humanidad excedente reproducida más a través de la negligencia estatal y el abandono que por cualquier esfuerzo intencional ya sea del estado social o penal por someterlos (véase Wacquant, 2009: 289-303).

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Más allá del gueto

La mayoría de las personas que participaron en este estudio son hijos e hijas de la la llamada segunda gran migración, que a lo largo de tres décadas (entre los 40' y 70') vio a más de 5 millones de afroamericanos dejar el sur segregacionista por las industrializadas ciudades del norte y el oeste (véase Wilkerson 2010). En ellas una gran parte de la clase trabajadora negra podía encontrar empleo antes en la expandida economía industrial (particularmente en las industrias de defensa y automotriz) o en el desagregado sector público federal (por ejemplo en el correo, transporte, etc.). Gracias a su gran puerto, su base militar y sus astilleros, entre el final de la Segunda Guerra Mundial y finales de la década de 1960, Oakland se convirtió en un importante destino para esta gran ola de migración laboral interna. Los padres de mis sujetos de investigación fueron en su mayor parte miembros de la clase trabajadora negra, gradualmente convertida en la fuerza laboral excedente por el proceso de subcontratación, reducción de personal y relocalización industrial generada por la reestructuración capitalista que tuvo lugar en las décadas del 70' y 80' (véase Rhomberg 2007, 183-98; Self 2003).

Muchos de los participantes de la investigación llegaron a la mayoría de edad durante las décadas de 1980 y 1990, en la encrucijada de transformaciones estructurales de gran envergadura como la revolución neoliberal, el drástico recorte del Estado de bienestar, el estallido de la epidemia del crack y la guerra contra las drogas. Al ingresar a la vida adulta durante una coyuntura histórica que presenció una de las crisis económicas más severas de la segunda mitad del siglo XX—con tasas de desempleo en constante aumento, salarios en rápida caída y una dramática redistribución de la riqueza hacia la cima de la estructura de clases estadounidense impulsada por las políticas económicas neoliberales de Reagan (véase Harvey, 2005: 39–63)—la mayoría de ellos intentaba, según sus propios relatos, salir adelante y superar el gueto. Tras el desmoronamiento del sector industrial provocado por la globalización y la automatización de la producción a finales de los años 70, la contracción del empleo público a raíz de la crisis fiscal del Estado en los 80 y la desaparición

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

de los programas contra la pobreza tras las reformas del bienestar de los 90, la economía informal—y, específicamente, la economía del crack—emergió como uno de los pocos empleadores con igualdad de oportunidades accesible para varones jóvenes de color con escasa educación formal y pocas habilidades demandadas por el mercado (véase Bourgois, 1998: 64–65; Sullivan, 1989; Wacquant, 2008).

Las experiencias de vida compartidas por muchos participantes de la investigación revelan que sus familias (y en particular las madres solteras y abuelas que en su mayoría los criaron) hicieron todo lo posible por mantenerlos lejos de la calle: esforzándose por ser modelos de conducta adecuados, batallando para inscribirlos en mejores escuelas, e incluso cediendo su custodia a otros familiares, en una suerte de "alienación natal" autoinfligida destinada a evitar que "el sistema" se llevara a sus hijos (Patterson, 1982: 7–8; Price, 2015: 22–39). Con todo, estos intentos se vieron sistemáticamente frustrados por la pobreza endémica, la segregación estructural, el encarcelamiento generalizado y la ausencia virtual de cualquier red de contención social. Nutriéndose de una narrativa de autoafirmación y logro individual que resuena con claridad con el giro neoliberal de las décadas de 1980 y 1990, varias de las personas a las que seguí revelaron que se habían involucrado en la economía del narcotráfico tras presenciar lo que percibían como el fracaso de sus propios padres: trabajadores de la clase obrera baja a quienes veían luchar toda la vida para llegar a fin de mes y que, a pesar de ello, nunca pudieron superar la condición de asalariados con sueldos miserables. La historia de Ethan ofrece una escena etnográfica de esta realidad.

Un encantador hombre afroamericano de 47 años con largas rastas, dientes dorados y varias cadenas, Ethan, es la última incorporación al equipo de la clínica. Se está quedando en la casa de tránsito y ha sido un voluntario de la clínica por un par de semanas, aún así pasa la mayor parte de su tiempo en la esquina hablando por teléfono y fumando cigarrillos. Es uno de cuatro hermanos de una familia de clase trabajadora que se mudó a California

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

desde Oklahoma en los años 50'; su mamá trabajó toda su vida como conserje e hizo grandes sacrificios para salir adelante como madre soltera. Ethan abandonó la escuela a los 16 años, después de que su padre tuviera una muerte prematura y empezara a andar en la calle. Cuando lo conocí había sido recientemente liberado de una penitenciaría federal después de haber cumplido 7 de los 10 años a los que había sido condenado por tráfico de drogas, así que todavía tenía tres años de "papeles" sobre él. En una fría mañana a fines de noviembre salimos a la esquina fuera de la clínica para hablar mientras compartimos un cigarrillo.

> Ethan: Hice de todo, hermano. Te volvés parte de la calle y la calle no tiene nada de bueno. No hay nada en estas calles más que muerte, loco, y eso es lo que le hacés a la gente: le llevás la muerte a la gente cuando le vendés crack. Pero la droga vos la ves como plata, hermano. Y cuando empezás a tener plata te sentís poderoso porque nadie te puede decir qué hacer. La frase "superar el gueto" significa que ya no tenés que vivir más en el gueto
>
> Alex: Entonces, ¿ese fue tu plan? ¿Hacer la plata que necesitabas para salir de acá?
>
> Ethan: Si, ¡salir del gueto! Y tener cosas lindas. Mi mamá y papá trabajaron, él hasta que murió a los 57, ella todavía trabaja limpiando lugares con 74 años. De hecho, acaba de cumplir 75. Ella trabajó toda su vida, mi papá trabajó toda su vida, y vos podés juntar todo lo que ganaron y nunca van a haber estado en tantos lugares como yo, manejado los autos que yo tuve, ido a las ciudades y estados donde fuí, tenido las ropas que usé, ¿entendés lo que quiero decir?
>
> Alex: ¿Entonces ese era tu razonamiento? ¿Trabajaron toda la vida y no consiguieron nada?

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Ethan: Esa fue una de las razones. Yo quería cosas pero cuando tenés que dividir tu ingreso en todas las facturas, la comida, ¿con qué comprás la ropa? ¿Por qué no podemos ir al centro comercial? Yo no voy a vivir así. Además, como hombre te enseñan a ser un hombre. ¿Qué es ser un hombre? Nadie te dice, te dicen que un hombre es lo que se supone que es. Así que crecés tratando de ser ese hombre, proveedor, protector. Me habían lavado el cerebro con la idea de que "esto es lo que un hombre se supone que hace". Así que ok, voy a encontrar un camino fácil incluso si significa violar la ley y así cumplir ese rol.

Alex: Entonces, ¿en la época que vendías también comprabas cosas para tu mamá?

Ethan: ¡Por supuesto! Yo le decía a ella "hey ma, ¿qué querés hacer para tu cumpleaños? Ella me respondía, "ah, yo sólo quiero ir a Black Angus", y yo le decía "bueno", y entonces invitaba a las 15 personas más cercanas a ella y la familia. "Hey, voy a llevar a mi mamá a Black Angus, ¡estén ahí cuando sea la hora"! Cuando llegábamos al restaurante le decía "no sé porque nos pusieron en esta mesa grande", y entonces empezaban a llegar las personas y ella decía "yo sabía que ibas a hacer esto". Y yo pagaba por todos y cada uno.

Alex: Entonces eso era una sorpresa para ella

Ethan: Sí, o ella se levantaba a la mañana y yo trataba de conseguir una de esas tarjetas de cumpleaños gigantes y ponérsela en la mesa de la cocina con una docena de rosas; o me la llevaba en avión a Las Vegas y por ahí un día le tenía una pila de, viste, monedas de plata de un dólar en esas bandejitas, yo se las llevaba. "A donde quieras ir, má, este es tu día, ¡lo que quieras hacer!". Viste, ella se vestía, nos íbamos a los casinos, ella jugando a esas máquinas tragamonedas, y fue a Tony Roma's a comer costillitas de cerdo y qué sé yo, y ella contenta. ¿Me entendés?

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

En las calles del gueto, a los márgenes de la economía industrial que se desmoronaba y el Estado de bienestar que se ajustaba, la generación de Ethan trataba de hacerse con su pedazo de sueño americano.

Negligencia neoliberal

Como mencioné anteriormente, mi expectativa durante la etapa preliminar de este proyecto era que el trabajo de campo etnográfico me iba a proveer evidencia de la existencia de un estado penal intrusivo sobre las personas que hubieran estado en prisión, a través de una amplia red de controles postcarcelarios, vigilancia constante, hostigamiento policial, y estrictas condiciones irreales para el cumplimiento de la libertad condicional o probation (véase Feely y Smion, 1992; Goffman, 2014; Rudes, 2012; Simon, 1990: 203-49). En su lugar, documenté una generalizada negligencia pública, indiferencia institucional y un programático abandono de esta población marginalizada tanto por el Estado social como por el Estado penal (Wacquant, 2010). Parafraseando la célebre definición de biopoder de Michel Foucault (1978: 138), sostendría que la investigación ha documentado varios casos de un sistema que "hace vivir o deja morir", antes que ejemplos de un Estado disciplinario empeñado en imponer castigo y vigilancia sobre sus poblaciones indóciles. En general, la experiencia de la reinserción de las personas liberadas que acompañé, parecía sugerir el emerger de un modelo de segregación urbana contenida de baja intensidad, que en gran parte queda delegado a las fuerzas del mercado y actores privados o semi privados—desde una agencia sin fines de lucro hasta empleadores que pagan el salario mínimo, desde propietarios explotadores del gueto hasta organizaciones religiosas—y que apunta a la gestión de bajo costo no solo de las personas liberadas, sino también de diversas poblaciones marginalizadas y privadas de derechos que habitan en el gueto postindustrial: gente con libertad condicional o probation, en situación de calle, sufriendo de discapacidades físicas o con problemas de salud mental, adictos, mujeres y varones con desempleo

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

crónico o empleo informal, migrantes indocumentados, el exceso poblacional que Zygmunt Bauman (2003) definió como "vidas desperdiciadas".

El marco institucional para este modelo de baja intensidad y bajo costo de gobernanza de la marginalidad urbana lo aportan los parámetros actuales con los que se mide una "reinserción exitosa". Estos estándares son extremadamente bajos: en esencia, un proceso de reinserción se considera exitoso siempre y cuando la persona liberada no cometa ningún delito grave. En este sentido, la supresión de la reincidencia prima por sobre cualquier esfuerzo institucional significativo destinado a mejorar la estabilidad socioeconómica, el bienestar, la salud física y mental, y la integración ciudadana de quienes salen de prisión. En la medida de los alcances de este estudio, estas perspectivas pueden ser explicadas por lo menos en parte el hecho de que el trabajo de campo tuvo lugar en el momento posterior a la gran recesión de 2008 (con la consecuente crisis fiscal y significativos recortes a nivel estatal y local) y punto álgido de implementación en California de la *Public Safety Realignment Plan*[4] de 2011 (AB109). Esta importante legislación fue impulsada por la decisión de la Suprema Corte de Estados Unidos en el caso Brown vs. Plata, que confirmó una sentencia de primera instancia para reducir la población carcelaria del estado a un 137.5% de la capacidad, en un intento de abordar la falta de cuidados médicos que eran consecuencia de la sobrepoblación carcelaria. La nueva legislación que se efectivizó el 1 de octubre de 2011 estableció que las personas con delitos que no eran violentos o serios, ni eran agresiones sexuales, debían cumplir sentencias en cárceles locales en lugar de estatales. A su vez, la legislación eliminó la libertad condicional para una gran cantidad de infracciones, dando la responsabilidad de la supervisión de los presos liberados a los condados locales. Como se podía prever, este experimento de descentralización penal—que no difiere mucho de la tendencia que se ha documentado que siguieron las políticas de bienestar de volverse más localizadas (véase Soss *et al.*, 2011)—ha resultado por un lado en la drástica reducción de los servicios disponibles

[4] Plan de Realineamiento de la Seguridad Pública.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

que contaban las personas que accedían a una libertad condicional, y por otro lado en el proceso de "transencarcelamiento" (Lowman *et al.*, 1987) por el cual una importante parte de la reducción de la población penitenciaria estatal fue absorbida por un sistema cada vez más grande de cárceles locales en algunos condados[5]. Más en general, sin embargo, en la medida en que el nuevo modelo de supervisión penal de bajo costo prefigurado por las fuerzas combinadas del conservadurismo fiscal y la descentralización carcelaria, no debe considerarse una excepción, sino más bien un rasgo cada vez más central del gobierno de la marginalidad social en la era de la austeridad, aquello que emergió del trabajo de campo de este proyecto podría, de hecho, ofrecer un modelo para la supervisión poscarcelaria en la coyuntura actual

Hoy en día, cualquier mínimo servicio disponible para las personas liberadas está provisto en mayor medida a través de organizaciones sin fines de lucro, religiosas o el sector semi privado que Jennifer Wolch (1990: 201) definió adecuadamente como una emergente sombra del estado: un "aparato paraestatal con responsabilidad sobre servicios que anteriormente eran cubiertos por el sector público, administrados fuera de las tradicionales políticas democráticas, pero aún así controladas de manera formal e informal por el Estado". En este marco, las soluciones altamente individualistas y pro mercado son sistemáticamente propuestas como la única respuesta para el abordaje de la amplia cantidad de obstáculos estructurales enfrentado por las personas liberadas: en cada momento de sus trayectos, en las cárceles estatales, del arresto a la reinserción, las personas criminalizadas se les indica que el éxito o el fracaso sólo depende de sus propios esfuerzos. Como voy a discutir más adelante, la ideología neoliberal de la responsabilidad personal, la competencia de mercado y la autoayuda impregnan cada aspecto del proceso de reinserción tal como se plantea actualmente. El criminólogo Elliott Currie recientemente definió este enfoque de la reinserción—y más

[5] De acuerdo a un informe realizado en 2015 por el Public Policy Institute of California (Lofstrom y Martin 2015, 3), entre septiembre de 2011 y septiembre de 2014, la población de cárceles locales aumentó en un 15%, alcanzando el número total de 82.681, que se encuentra por encima de la capacidad declarada de 79.855.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

ampliamente a las intervenciones rehabilitadoras dirigidas a poblaciones criminalizada—como "intervención conformista":

> La intervención conformista consiste en hacer a la gente aceptar sus duras condiciones de vida que las pusieron en primer lugar en riesgo o las convirtió en "delincuentes" desde un principio. Como un corolario se les enseña a localizar la fuente de sus problemas principalmente, sino completamente, en ellos mismos. De esta manera, "rehabilitación" por ejemplo, pasa a significar preparar personas vulnerables para que se desenvuelven en lo que son vidas crónicamente marginales y oportunidades limitadas; y medimos el éxito de estos esfuerzos con medidas mínimas y esencialmente negativas: cometen menos delitos, usan menos o diferentes drogas, tal vez, aunque sea por un breve tiempo consiguen un trabajo. Incluso, si ese empleo es básicamente explotador y de corta duración y sus opciones de futuro son bajas y su presente todavía es asfixiante, desesperante y precario, todavía lo consideraríamos como algo bueno, como evidencia del éxito del programa (Currie, 2013: 5).

En efecto, la principal propuesta para las personas liberadas está dirigido a reestructurar sus personalidades a través de las coordenadas de un sujeto neoliberal idealizado: un emprendedor de sí mismo, constantemente dedicado a acumular capital humano y dispuesto a competir con sus pares en lo estratos más bajos del desregulado mercado laboral (véase también Halushka, 2016; Miller, 2014). En consecuencia, las personas liberadas pueden acceder a cursos de armado de currículums, coaching para entrevistas de trabajo, cursos de manejo de la ira, sesiones de terapia grupal y reuniones de alcohólicos o narcóticos anónimos, pero no a una vivienda accesible, atención médica gratuita, educación o un ingreso mínimo.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

"Conseguí un trabajo, cualquier trabajo": El nuevo trabajador pobre

A pesar de que "conseguí un trabajo, cualquier trabajo" es quizás la indicación más frecuente dirigida a las personas liberadas—no sólo por parte de los oficiales de libertad condicional, sino también por los familiares que tienen ahora el desafío de alojar y alimentar un integrante más con un presupuesto generalmente muy limitado—la gran mayoría de los participantes de la investigación no podían conseguir un empleo después del encarcelamiento. Los pocos que pudieron conseguirlo generalmente trabajaban por un salario mínimo, sin beneficios, a medio tiempo y de manera temporal: se unían a las filas de los trabajadores pobres. Esto quiere decir que la mayoría de ellos literalmente luchaba para sobrevivir en las calles, y sus necesidades básicas—desde alojamiento a comida, de cuidados médicos a transporte—que frecuentemente no podían ser satisfechas. Ellos enfrentaban encontrarse repentinamente sin hogar, inseguridad alimentaria o persistentes sufrimientos físicos y mentales.

Con todo, ser pobre no solo es una experiencia deprimente, alienante y peligrosa para estas personas: también es *costosa*. Quienes salen de prisión no suelen tener cuentas bancarias ni crédito, a pesar de que a menudo están endeudados, ya sea con el sistema judicial o con sus familias y amigos. Cobrar un cheque en un local de cambio de cheques (por 10 o 15 dólares) les cuesta más de lo que paga el titular de una cuenta bancaria. Su persistente condición de exclusión económica alimenta el capitalismo depredador de las calles: propietarios abusivos, casas de empeño, locales de cobro de cheques, agencias de fianzas y demás (véase también Desmond, 2016: 306–8). Durante el trabajo de campo para esta investigación, vi a personas mendigar para sobrevivir aun estando empleadas, tal como lo ilustra el caso de Ray y su novia Melisha.

Ray es un hombre afroamericano de 49 años que recuperó su libertad en 2010, después de estar detenido 11 años. Esta fue su segunda detención,

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

habiendo cumplido anteriormente una pena de dos años a finales de los años 80'. De niño Ray fue criado por su madre soltera en el tristemente famoso complejo habitacional Nickerson Gardens en Watts, Los Ángeles. Aunque le gusta recordar sus días de "pandillero" en las calles de LA, antes de terminar en prisión Ray había experimentado brevemente el estilo de vida de la clase trabajadora. En los años 90' había tenido un trabajo temporal descargando camiones en un depósito; trabajó en el restaurante Taco Bell y en un negocio de Home Depot. Ray está orgulloso de su pasado trabajador, que él veía como una posibilidad de futuro después de prisión. De hecho, después de recuperar su libertad no perdió el tiempo. Inmediatamente se inscribió como voluntario de la clínica comunitaria y eventualmente fue contratado como empleado de medio tiempo. Trabajó por unos pocos dólares, pero fue desvinculado por falta de fondos. Luego consiguió otro trabajo de medio tiempo en un negocio de muebles, donde trabajó durante 5 meses por $10 dólares la hora ($800 al mes) hasta que el negocio cerró definitivamente. Durante los siguientes tres meses, su único ingreso fue un cheque mensual de $200 de la oficina de Asistencia General. En la primavera de 2012, se puso en contacto con un viejo compañero de Taco Bell que ahora era el administrador de un restaurante de KFC. Este amigo contrató a Ray "a demanda" por $8 dólares la hora. Ray se las arregló para mantener este trabajo por tres años desde su libertad, pero—como ilustran las siguientes notas de campo—ha tenido dificultades para sobrevivir en lo más bajo del mercado laboral estadounidense.

14 de enero de 2013

Pasaron seis meses desde que Ray empezó a trabajar en KFC. Me llamó esta mañana diciéndome "amigo, ¿podés traernos algo para comer hoy? nos estamos muriendo de hambre...".

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Imagen 2: Ray en el trabajo (abajo) y mendigando (arriba)

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Dos semanas atrás habían recibido un aviso de desalojo en su pequeño departamento en el este de Oakland, que debían abandonar antes del domingo. Antes, en diciembre, Ray y Melisha fueron arrestados después de quedar envueltos en una pelea nocturna afuera del departamento, lo que llevó a que los vecinos llamen a la policía. La policía los llevó a la cárcel local, donde pasaron las siguientes tres semanas. En parte a causa de esto no habían tenido posibilidades de sostener su alquiler de $900, por lo que le debían $600 al propietario.

Durante los últimos días han estado sacando sus pocas pertenencias del departamento. Durante mi última visita las metieron en algunas bolsas de basura que yo les ayudé a llevar a un depósito barato en el este de Oakland. En el departamento nada más les queda el colchón en el que duermen hasta que el sheriff los eche y una vieja laptop que le di a Melisha para que pudiera anotarse en trabajos online.

Cuando me estacioné frente a su departamento—Ray lo llama “el garage”, básicamente porque es una caja de hormigón en planta baja—me estaban esperando afuera como suelen hacer, sentados en el cordón. Stewie, el pequeño perro raza pinscher que Ray adoptó inmediatamente después de recuperar su libertad en 2011, empezó a saltar cuando me vio. “¿Cómo están chicos?”, les pregunté. Melisha apenas reaccionó a mi presencia y se mantuvo al teléfono, generalmente una señal de que habían estado discutiendo. Ray contestó con su común sarcasmo: “¡Exactamente como lo teníamos planeado amigo, estamos en situación de calle y muriendo de hambre!”. Le di a Melisha dos bolsas con comida que había comprado para ellos y se metió en el departamento.

Ray me pidió que lo siguiera al auto porque “tenemos que tener una conversación hombre a hombre”. Nos sentamos en su Camaro, que estaba viniéndose abajo lentamente. Estaba incluso más desordenado que lo usual, con ropa sucia, bolsas vacías de KFC y otras cosas tiradas alrededor. Una vez más me preguntaba cómo habían hecho para pagar $4.000 a un turbio vendedor del Este de Oakland por un auto en tan deplorable estado. El tapizado, manchado, se está desprendiendo; los asientos están llenos de

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

quemaduras de cigarrillo; los cables asoman por debajo del volante, y la ventanilla del lado del conductor ya no funciona. Pagaron $2.000 por adelantado gracias a una devolución de impuestos que Ray finalmente había recibido tras meses de espera, y acordaron pagar el resto en 12 cuotas de $250 cada una—por supuesto nunca pudieron mantenerse al día con los pagos.

Ray me dice que están desesperados por plata. Él sólo ha podido trabajar unas pocas horas a la semana en KFC desde que fue liberado de la cárcel local el mes anterior. Todavía trabaja a demanda por $8 dólares la hora y hace menos de $200 cada semana. Mientras tanto Melisha no ha podido conseguir ningún trabajo—a pesar de aplicar en McDonalds, Walmart, Pack n'Save, Ghirardelli, y varios otros negocios—y sus pagos de la asistencia social fueron suspendidos por el tiempo que estuvo detenida.

> Alex: Ahora mismo… ¿entre los dos cuanta plata tienen?
>
> Ray: Nada
>
> Alex: ¿Nada?
>
> Ray: cero, centavos. Acá tenés (busca en sus bolsillos, abre la mano y me muestra unas pocas monedas de 10 centavos). Esta es nuestra salvación. Ah y claro, nuestras galletitas gratuitas (me da en la mano un pedazo de papel grasoso que saca de la bolsa de KFC con una galletita de chips de chocolate medio derretida).
>
> Alex: ¿Galletita gratis?
>
> Ray: ¡Si! Galletitas gratis de KFC. Galletitas gratis es todo lo que tenemos en estos momentos.

Tenían que dejar el departamento para el final de la semana y encontrar un lugar nuevo donde quedarse. Ray me decía que una opción sería un parque de trailers justo debajo de la bajada de autopista que se encontraba en la

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

esquina. Mientras estábamos hablando en su auto, Ray agarró una cartulina donde había escrito con un fibrón negro: "¡ayúdeme a salvar a mi perro... necesita un doctor! Las donaciones son para pagar uno, por favor". Me explicó que piensa mendigar, con el perro a su lado, en la entrada del supermercado Safeway ubicado en una zona residencial cercana. Me dijo que es optimista de cuánto dinero puede llegar a hacer, porque Stewe atrae a las mujeres de clase media que sienten lástima por él. Después de hablar fuimos hacia el Safeway donde Ray planea mendigar, pero Melisha dejó en claro que no quería estar y esperaría en el auto. Había estado llorando todo el camino y decía que Ray me había mentido acerca de haber dejado de tomar después de salir de la cárcel local. Decía que estuvo tomando bastante. Está deprimida por esto y todo lo demás que está pasando en sus vidas.

En el Safeway, Ray se preparó con su cartel y el perro en la entrada del supermercado. Se veía de buen ánimo e hicimos algunas bromas sobre lo que estaba haciendo. Me mantuve a distancia porque Ray decía que si estaba cerca de él pensarían que era una broma y no le darían plata, así que me apoyé en una pared y miré la escena. Las pocas personas que detuvieron—en su mayoría mujeres ancianas blancas en su camino al supermercado—claramente se encontraban atraídas por el pequeño perro, mientras raramente miraban a Ray, ignorando su pedido de plata. Mientras tanto, Melisha está en el asiento de adelante del Camaro, jugando con su teléfono fingiendo que no conoce a Ray. Alrededor de las 4pm, después de casi cuatro horas de mendigar, Ray había hecho $20 dólares y unos pocos centavos. Dejó de lado $10 para la nafta y le dio 5 a Melisa (que inmediatamente compró un ticket de lotería). Gastó el resto en unas latas de cerveza de la licorería de la esquina.

El caso de Ray y Melisha no es aislado. De hecho, durante mi trabajo de campo vi personas dormir en sus autos en estacionamientos de la misma cadena de comidas donde estaban trabajando, y su oficial de libertad condicional les había dicho que era aceptable siempre y cuando avisen si

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

van a estacionarse en otro lugar (algo que tenían que hacer frecuentemente para evitar los tickets de estacionamiento). Comúnmente conseguir un alojamiento apropiado al recuperar la libertad suele ser una de las principales prioridades y una de las mayores dificultades. La literatura reciente en sociología analizó escasamente el nexo entre encarcelamiento y gente sin hogar (pero se puede ver Gowan, 2002, 2010), aunque varias encuestas muestran que un alto porcentaje de personas en situación de calle pasó un tiempo detenida, y que una cantidad importante de personas liberadas de prisión enfrenta el riesgo de encontrarse en esta situación una vez en libertad (Roman y Travis, 2004: 7). Los efectos de las medidas draconianas introducidas en el apogeo de la guerra contra las drogas, como el "un strike y estás fuera" que dispone que las personas condenadas por delitos de droga no pueden tener acceso a viviendas subsidiadas, se ven agravadas hoy en día por la falta crónica de alquileres accesibles en las áreas urbanas donde los liberados regresan (Thompson, 2008: 68-87). En California, y particularmente en las grandes ciudades como San Francisco y Oakland, la situación es incluso peor por el avance de la gentrificación de áreas residenciales, que están barriendo las viviendas accesibles (véase Beitel, 2013; Smith, 1996), y por las disposiciones del mencionado Plan de Realineamiento de la Seguridad Pública (AB 109), que esencialmente privó a una gran cantidad de ex prisioneros de alguno de los pocos alojamientos de emergencia (como son las casas de temporales, los hogares de transición, etc.) que habían estado disponibles para las personas con libertad condicional. Bajo estas circunstancias, las personas que salen de prisión quedan cada vez más libradas a su propia suerte en un mercado de la vivienda hostil y discriminatorio. Los pocos que tienen la fortuna de contar con familias estables encuentran un techo adecuado al recuperar la libertad; muchos otros, sin embargo, se enfrentan a la perspectiva de quedar en la calle o caer en manos de los numerosos propietarios abusivos que pueblan la economía informal de las calles.

Rico es un puertorriqueño de 50 años con una voz suave, que salió de prisión en 2010. Fue criado por su madre sola en el complejo habitacional

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Marcy en Brooklyn. Durante su infancia, que pasó rebuscándoselas en las calles de Nueva York, fue abusado sexualmente por un tío y sufrió constantes golpizas por el violento novio de su madre. En la adolescencia empezó a consumir drogas fuera de la escuela; tan pronto como cumplió 18 se mudó a Oakland para encontrarse con su padre biológico que estaba vendiendo drogas. Rico vendió drogas para su padre, pero pronto fueron detenidos. En la cárcel local su papá le dijo aseguró que ambos podrían salir rápido si Rico, que en ese momento no tenía condenas previas, tomaba la responsabilidad por los dos. Joven e inexperimentado, Rico obedeció y su papá fue liberado unos días después. Sin embargo, Rico fue condenado a cinco años en una cárcel estatal; durante esos años nunca recibió una visita, una llamada, o incluso una carta de su papá. Rico se volvió adicto a la heroína a los 18 años y ha estado entrando y saliendo de prisión durante los últimos 30 años, más que nada por delitos de drogas.

La primera vez que lo conocí, en una mañana cálida a fines de septiembre de 2012, él había estado limpio por alrededor de un año. Se había recibido de un programa de rehabilitación y se había alojado en una casa de transición para personas en recuperación. En aquel momento, estaba ganando $800 dólares al mes de la clínica comunitaria al oeste de Oakland que sirvió como base para mi investigación. Este trabajo le permitía ahorrar plata cada mes, algo que hacía metódicamente con el sueño de alquilar un pequeño departamento. En las notas que siguen, registré la lucha de Rico para conseguir una vivienda independiente al salir de prisión.

7 de diciembre de 2012

Rico está por terminar su turno en la clínica comunitaria. Afuera de la oficina, en la esquina, charlamos y fumamos cigarrillos. Me dice entusiasmado que desde que ha podido ahorrar algunos dólares cada mes ahora tiene lo suficiente para pagar el primer mes y el depósito y está listo para mudarse a su nuevo lugar en el Este de Oakland. Después de trabajar planea pasar a buscar un sofá y dos sillones de un negocio de muebles usados en el centro de la ciudad. Para el trabajo tomó prestada una

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

camioneta Toyota blanca que está literalmente cayéndose a pedazos. Me había pedido que maneje ya que él no contaba con licencia de conducir desde 1981. En el local de muebles, que se veía más como un basurero abajo de la autopista, metimos con dificultad el sofá y los dos sillones en la camioneta. Manejamos al este de Oakland a través de un camino fantasmal de almacenes y fábricas abandonadas. Las tiendas de licor que salpican el paisaje reúnen fuera de sus negocios a buscavidas, vendedores de droga y personas sin hogar que arrastran sus carritos.

El nuevo departamento de un dormitorio de Rico a pesar de estar ubicado en un entorno desolador se ve decente. Es un modesto duplex en planta baja, rodeado por una cerca de metal. El pequeño patio delantero está descuidado, con muebles rotos y partes viejas de autos desparramadas en la vereda. El departamento se ubica frente al estacionamiento de una escuela primaria, que ahora está lleno de gente—la mayoría latinos—mientras los chicos van saliendo. Después de meter el sofá y los sillones adentro, empezamos a convertir el espacio vacío en el primer living que Rico ha tenido en años. Mover los voluminosos muebles llevó una buena hora. Mientras tanto, Rico había estado saltando excitado de un asiento al otro, en anticipación de los buenos momentos que pasaríamos jugando a la Playstation y relajándonos. Mientras me daba un tour alrededor de las habitaciones repetía que por primera vez en años se sentía feliz. En la cocina abrió la heladera para mostrarme la comida fresca que había comprado. Abriendo la ventana de la cocina que daba a un pequeño patio señaló a la esquina donde pondría una parrilla y me invitó a la primera barbaco que haría para celebrar su nueva casa.

15 de febrero de 2014

En enero la clínica comunitaria despidió repentinamente a Rico por “falta de fondos”. Ahora, sin trabajo y ninguna fuente de ingresos, se ve forzado a dejar el departamento a fin de mes. Fui a su casa alrededor del mediodía y me encontré que estaba recién levantándose de la cama. Está deprimido por perder su departamento y se ve más delgado que la última vez que lo

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

había visto. Lo estresa que ha hecho todo lo que pudo para estar bien. Mientras busca otro lugar para vivir, tiene que buscar un lugar donde guardar los muebles que acaba de conseguir.

Acuerdo con él para manejar alrededor del este de Oakland para encontrar un lugar donde pueda quedarse. Hay un edificio dilapidado en Front Avenue, donde Rico dice que el alquiler es de $500 dólares por mes. Una puerta de metal oxidada da lugar a un desordenado vestíbulo común: bolsas de basura y muebles viejos y desgastados se acumulan en cada esquina, colillas de cigarrillos ensucian la alfombra y los escombros se esparcen por todos lados. Las bolsas de plástico negras cubren las ventanas impidiendo que la luz natural entre al edificio, incluso en el día. Hay 12 habitaciones individuales a los dos lados de un largo pasillo lleno de basura. Un gran pitbull blanco con una botella de plástico en la boca corre de un lado al otro.

Sigo a Rico a la última habitación a la izquierda, que está ocupada por un viejo amigo suyo. Mirando a través de las puertas abiertas solo veo cuartos decrépitos con pisos llenos de basura. En algunas, las personas están sentadas en sus camas comiendo, fumando, mirando TV y discutiendo a los gritos. Todos los residentes comparten dos baños y duchas. Como el resto del edificio, están inmundos. La música hip-hop suena a todo volumen desde las habitaciones de alrededor, incluida en la que entramos. En esta, dos hombres blancos de mediana edad, a quienes les falta casi todos los dientes, están fumando cristal. Se ponen nerviosos cuando me ven, pero cuando Rico les asegura que no soy un policía, vuelven a fumar intensamente cristal. Después de unos minutos de silencio, Rico explica que el edificio era anteriormente una casa de transición del programa para la recuperación de adictos. Ahora es sólo un edificio del gueto con habitaciones baratas para alquilar. Dado que Rico ya no está con libertad condicional, no puede acceder a las casas de tránsito; mudarse a este edificio es su única opción, porque el dueño no requiere depósito ni un informe de crédito.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

10 de octubre de 2014

Rico vivió casi 8 meses en Front Avenue. Cubrió su alquiler con los cheques de la Asistencia General del condado, junto a plata que conseguía de trabajos ocasionales, rebusques y regalos de amigos. En junio se incendió el complejo, probablemente porque un inquilino tenía en una de las habitaciones un anafe que funcionaba mal. Rico dijo que los rociadores no funcionaron cuando se inició el incendio. Sin salidas de emergencia, los inquilinos tuvieron que saltar por las ventanas para escapar de las llamas.

Llegué al edificio alrededor de las 10 am. Con autos medio quemados, bolsas de basura, electrodomésticos abandonados y carbonizados acumulándose alrededor de todo el frente, el patio de adelante se parecía como nunca antes a un basurero. En la puerta de entrada un cartel en rojo advertía a las personas de no entrar al edificio porque "se encuentra seriamente dañado y resulta inseguro para ser ocupado". Sin embargo, varias personas seguían viviendo ahí, pagando alrededor de $300 dólares de alquiler por mes. Si los inquilinos no tienen suficiente plata, el dueño acepta cupones de comida.

Rico abre la reja y me deja entrar al espacio oscuro. Cuando nos abrazamos casi puedo sentir sus huesos. Ha estado perdiendo peso en los últimos meses y no se ve bien: tiene los ojos hundidos y emana un aura de aflicción y debilidad. Se me ocurre que su hepatitis puede estar empeorando, pero él dice que es sólo el estrés, y para probar su fuerza empieza a hacer flexiones. "Estoy bien, hermano… ¿ves? Todavía puedo hacer esto".

El edificio no tiene electricidad ni calefacción. En lo que era el vestíbulo, los cables eléctricos expuestos se conectan a alguna fuente de afuera. Las paredes manchadas de humo sostienen una estructura al borde del colapso. El olor impregnante del incendio domina el ambiente aún tres meses después del fuego. Cada ventana está tapiada, y se necesita linternas para moverse a través de los escombros y muebles carbonizados. La habitación de Rico se siente claustrofóbica en la oscuridad. Los muebles del viejo departamento apenas entran: Una pequeña TV, el sofá con los dos sillones, un microondas, una vieja mesa de café, y un pequeño armario. Una

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

gran bandera de Puerto Rico cuelga de la pared frente a la puerta. Rico está en el sofá mirando “The Brady Bunch”. Me uno a él y le doy el boleto de lotería para raspar y los paquetes de cigarrillo Newport que compré en la licorería de la esquina. Dice que tiene algo para mi, y de una pila de ropa saca una remera que tiene estampado “El Padrino” escrito en español.

Luego me cuenta la novedad de que tiene una nueva calcomanía de matrícula de 2015. La plata para pagar la tasa del registro salió de lo que ganó haciendo trabajos de plomería con su hijo mayor. Pagó la tasa—aunque no tiene licencia de conducir—para que la policía no tuviera otro pretexto para “joderme”. Después me muestra fotos en su celular. Hay un video de Rico trabajando con su hijo, además de una foto del cheque de 400 dólares que recibió por el trabajo. Después de pagar 300 dólares de alquiler para quedarse en el edificio, de su cheque de 336 dólares de Asistencia General solo le quedan 36 dólares mensuales para “gastos personales”.

Imagen 3: Ricio en el edificio abandonado

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Un chico alrededor de sus 20 pasea por la habitación mientras hablamos. Es el hijo más joven de Rico, quien ha pasado algunas de las últimas noches en una de las habitaciones. Hace un mes aproximadamente, Rico explica, el Departamento de Policía de Oakland, la fuerza de tareas anti-pandillas, y el Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas y Explosivos hicieron una redada en el edificio. Se metieron buscando drogas y armas y se llevaron algunas personas, por lo que quedaron vacías algunas de las habitaciones. Durante la redada policial, Rico escapó a través de una ventana que está atrás del edificio. Dice que últimamente el lugar se volvió peligroso. Con algunos de los residentes yéndose y otros detenidos, llegaron nuevas personas. La mayoría en el edificio tiene armas y los incidentes violentos son cada vez más frecuentes de lo que eran. Rico se siente tan inseguro que instaló dos cámaras CCtv—una mirando al patio de adelante y otra cubriendo el pasillo. Ambas están conectadas a un pequeño monitor en su habitación que mira todo el tiempo.

El evento violento más importante sucedió hace un mes a horas de la noche. Un residente había accedido a esconder una bolsa de un hombre prófugo de la policía. Sin embargo, el residente desapareció con la bolsa, que contenía varios gramos de marihuana, tres armas y $10.000 en efectivo. Entonces, la víctima amenazó con tirotear el edificio a menos que se le devolvieran las cosas inmediatamente. Rico intentó hablar con el hombre y prevenir que entrara al edificio. Una hora después el hombre volvió con tres matones que forzaron la entrada y entraron al edificio. Tiraron abajo puertas y golpearon un viejo residente negro casi hasta matarlo. Cuando se acercaron, Rico agarró el .357 que tiene para “protección personal” y se sentó en el sofá de cara a la puerta. La puerta de Rico comenzó a ceder por los golpes. Disparó varios tiros y ellos respondieron mientras se retiraban por el pasillo. Fuera de la habitación Rico me muestra los agujeros de bala que habían impactado en el pasillo, la puerta del baño y en el techo. Conté 8 agujeros, pero me aseguró que hubo muchos más disparos. La puerta de su habitación ahora está rota a la mitad y tiene cuatro agujeros de bala.

Dentro de la habitación de Rico me muestra que tiene el arma cargada. Me dice que es muy peligroso quedarse más tiempo, en tanto ya cuenta con

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

dos cargos por uso de armas en sus antecedentes. Otro residente—un hombre latino en sus 40—entra y pregunta a Rico por un poco de marihuana. Rico acuerda darle algo, pero entonces le dice que espera que le de $10. El hombre promete que le va a traer la plata pronto. Cuando se va, no puedo ocultar mi sorpresa y le pregunto a Rico si está vendiendo de nuevo. Él me contesta que no.

Imagen 4: El frente de la casa de Rico

Mientras escribo esto (abril 2017), Rico dejó el edificio incendiado. Al contar con múltiples condenas por venta de droga no puede acceder a viviendas subsidiadas; sin trabajo, no está en condiciones de mudarse a un lugar mejor; En cambio, se mudó a una casa rodante decrépita, estacionada en un terreno abandonado del este de Oakland, que compró por unos pocos cientos de dólares a un adicto a la heroína.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Durante los tres años que realicé el trabajo de campo, no pasó una semana sin que alguien me suplicara que le lleve comida porque su heladera estaba vacía. Vi también gente vendiendo su plasma y médula ósea para conseguir unos pocos dólares. Este fue el caso de Carmen, una joven mujer de ascendencia mexicana-estadounidense, que había cumplido tres años en una cárcel federal por un robo bancario que cometió cuando era estudiante de la Universidad de California para poder pagar su matrícula de estudios. Carmen estaba "donando" plasma y médula ósea a un laboratorio local por plata. En este sombrío negocio hay tasas específicas, dependiendo de la cantidad de médula ósea que se done. En Oakland los donantes reciben $125 por 250ml, $200 por 500ml, y $450 por 1500ml. Bajo la presión de conseguir dinero rápido, el que necesitaba principalmente para atender la enfermedad terminal de su madre, Carmen solía donar el máximo permitido, aunque requería esperar 10 semanas para repetir el procedimiento el cual requiere anestesia local y es bastante doloroso[6].

La mayor parte de las personas que seguí no pudieron recibir ningún tipo de asistencia pública, ya sea porque no estaba disponible o porque no podían solicitarla como consecuencia de las numerosas restricciones por sus antecedentes penales. Como es bien sabido, en el marco de la reforma de la asistencia social en 1996 se aprobó una restricción de por vida para la postulación a estampas de comida para quienes tuvieran antecedentes por delitos graves de drogas. Desde el 1 de abril de 2015, el veto en la accesibilidad a las estampas de comida (Calfresh) y prestaciones de trabajo (Calworks) fue eliminado en California. Sin embargo, a pesar de su elegibilidad potencial para asistencia de comida, muchas personas con registros criminales elige no postularse, ya sea por desconocimiento en su derecho en el acceso a estas prestaciones o porque tienen asuntos

[6] Pagar por donaciones de médula ósea fue castigado como delito en California hasta diciembre de 2011, cuando una sala de tres jueces de la Corte de Apelaciones del Noveno Circuito de Estados Unidos dictaminó que en la medida que este proceso es ahora similar a la donación de plasma—por el cual está permitido pagar a la gente—no debería seguir considerándose la donación de médula ósea como un órgano por el cual el pago es ilegal bajo el Acta Nacional de Trasplante de Órganos. No hace falta decir que en la práctica se sostiene una importante controversia y los opositores argumentan que constituye una división más de clase y racial entre ricos que reciben y pobres que "donan". En el mismo sentido, Wacquant (2008: 125) afirma que "los bancos comerciales de plasma son un negocio creciente en el hipergueto". Otra referencia a la venta de plasma como estrategia para generar ingresos entre los pobres urbanos se encuentra en Desmond (2016: 284).

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

pendientes el sistema de justicia penal—como puede ser deudas en la cuota alimentaria, tasas y multas impuestas por el tribunal, o incluso órdenes de arresto pendientes por delitos menores—que hacen que desconfíen de brindar su identificación a cualquier funcionario público. En cuanto a la vivienda subsidiada, aunque las condenas por delitos graves no descalifican automáticamente a los solicitantes, al momento de escribir estas líneas (abril de 2017) la Autoridad de Vivienda del Condado de Alameda no está aceptando solicitudes para la Sección 8. La única forma de acceder a la lista de espera para las viviendas públicas es a través del sistema de lotería que también se encuentra clausurado en Oakland desde 2015, y en cualquier caso los solicitantes pueden ser excluidos discrecionalmente debido a condenas penales previas, en particular si están vinculadas con drogas.

Por supuesto, más allá del alojamiento, la más urgente necesidad que la gente enfrenta al recuperar su libertad—particularmente si no tienen familiares esperándolos afuera—es acceder a dinero para atender sus necesidades básicas. Pero el único ingreso permitido actualmente para un hombre o mujer sin niños es las Asistencia General: un programa de condado de emergencia que ofrece un máximo de $336 dólares por mes por un máximo de tres meses al año. Aún así, sería un malentendido si quiera considerar esta forma de adelanto de plata como una prestación de asistencia social, en la medida que se considera un *préstamo*, y quienes lo reciben deben firmar un acuerdo de reembolso como condición de elegibilidad, un claro ejemplo de la lógica neoliberal post asistencial de "gobernar mediante la deuda" (Lazzarato, 2015).

"Nos lo hacemos nosotros mismos": la internalización de la ideología neoliberal

A pesar del peso estructural de las circunstancias que enfrentan, quienes participaron de la investigación tienen internalizada la narrativa neoliberal de la responsabilidad personal que es constantemente inculcada en las cárceles, en los centros de rehabilitación y los programas de reinserción

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

(véase también Gowan y Whetstone, 2012; Miller, 2014; Werth, 2012, 2016). Asumen plenamente la retórica dominante de la libre elección, así como las definiciones hegemónicas sobre quién merece y quién no merece ayuda social. Esto queda ilustrado en las siguientes dos instantáneas etnográficas. La primera es una conversación entre Ethan, a quien mencione anteriormente, y Spike, un hombre afroamericano de 40 años que estuvo detenido 10 años en una penitenciaría federal después de que la policía desmantelara la importante red de narcotráfico que había construido en el oeste de Oakland en la década de los 90'.

22 de noviembre de 2011

Ethan: Tenemos un presidente negro. Un presidente negro, muestra a la comunidad negra que vos podés ser quien quieras. Tuvimos un largo camino desde la esclavitud a un jodido presidente negro.

Alex: Es verdad, ¿pero eso quiere decir que el racismo termino? Quiero decir, mira la población de las cárceles: ¿A quién están metiendo adentro todo el tiempo? Es la comunidad negra, ¿no?

Ethan: Nos lo hacemos nosotros mismos. No podés culpar a nadie por tus acciones. Tenés que hacerte cargo de tus acciones, eso es lo que aprendí. Escuchame, nada de esta mierda es culpa de alguien (*abre sus brazos como para abrazar el abandono que nos rodea)*

Alex: Entonces, ¿vos pensás que el sistema es justo?

Ethan: El sistema es justo porque alguien tiene que caer. ¿Por qué no los negros? A nadie le gusta los negros. Ni siquiera nos gustamos entre nosotros. ¿Quién mata más negros que otro negro? Hombre, ni siquiera nos gustamos a nosotros mismos... ¿Cómo esperás que le gustemos a alguien?

Alex: Bien, ¿pero no pensás que la policía persigue más a los negros que a otros?

©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Ethan: Escuchame, eso es porque somos los que es más común que cometamos delitos, por la pobreza, por donde vivimos, por la falta de trabajo.

Alex: ¿Pero podés culpar de verdad a los negros por esos delitos?

Ethan: ¡Si podés! Cuando querés algo tenés que ir a buscarlo. La mierda que pasa con la gente que no tiene nada es porque no quieren nada. No es culpa de nadie más que de ellos. ¡No creas esa mierda! Te están lavando el cerebro. Tenemos oportunidades, tenemos que aprovecharlas. Aprendí toda esa mierda ahora. No me importaba una mierda la falta de oportunidad. ¡Lo que me importaba era ganar dinero! Ahora no me importa el dinero. Necesito dinero para sobrevivir, pero lo único que me importa es mi familia.

Ethan: Hey! (Hablándole a Spike, que recién se nos suma en la esquina) ¿Te podés creer esto? ¿Vos pensás que uno que no tiene nada no quiere nada, o es la culpa de otra persona que esté en esa situación?

Spike: Es su culpa

Ethan: Eso es exactamente lo que estoy diciendo

Spike: La culpa es de ellos, Alex

Alex: ¿Entonces culpás a los pobres por ser pobres?

Spike: Espera, Alex, ¡escucha esto! Ya te lo había explicado una vez. Llega el punto en la vida de una persona cuando sabes lo que está bien y lo que está mal. Sólo porque tus papás se drogaban o robaban no significa que vos tengas que hacerlo. Podés salir afuera y hacer tu vida. Ahora, si querés podés perjudicarte, porque las personas que hacen cosas en la vida, las hacen porque se obligan a sí mismas a hacerlas, no porque tengan que hacerlo. Tenés que tomar tus propias decisiones en la vida.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Ethan: ¿Lo vés Alex? Si trabajo toda mi vida me van a dar jubilación, seguridad social y toda esa mierda. Voy a tener los beneficios de la seguridad social. Este país va a asegurarse de cuidar a las personas incluso cuando sean mayores. No tenés porque vivir en la pobreza, no tenés porque estar en un albergue para gente sin hogar.

Alex: Pero ¿qué hay de las personas que tienen 3 o 4 trabajos diferentes y aún así no consiguen los seguros de salud y demás beneficios?

Ethan: Eso no es verdad. Si una persona tiene 3 o 4 trabajos y no tiene seguro médico es porque no quiere. Yo salí de la cárcel y la clínica me dio atención médica, y no tengo trabajo.

Spike: Es Medicare. Que no tengas Kaiser [aseguradora de salud privada] no te hace menos persona. Yo tengo pastillas para la presión alta y todo eso… No las pago. Me las dan. A algunas personas les das atención médica gratis, ¿vienen a buscarla? No. Entonces eligen tomar decisiones en la vida, eligen no querer recibir atención médica, pero cuando empiezan los problemas—les falta el aire, se les hinchan los pies—ahí dicen, como quejándose: "Ay, no tengo atención médica…"

Ethan: (*continuando con la actuación de Spike)* "¡Es la culpa de alguien!"

Spike: Alex, la vida es lo que uno hace con ella

Ethan: ¡El hombre no tiene porque ser pobre!

Alex: Bien, pero lo que yo quiero decir, ¿ellos cortaron la asistencia social allá en los años 90' no? La gente no está ni siquiera cerca de recibir lo que solía tener antes.

Ethan: Si, yo me acuerdo cuando cortaron todo eso. Entonces hicieron programar para que los padres aprendan oficios.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

> Alex: Bueno, pero ahora las personas *tienen* que mostrar que están buscando trabajo para recibir asistencia.
>
> Ethan: Siguen recibiendo la ayuda del gobierno. Andá a aprender el oficio y te mandan a conseguir un trabajo. Pero la gente no quiere eso.
>
> Alex: Está bien, ¿pero qué clases de trabajo existen para las personas? ¿de medio tiempo? ¿por el salario mínimo?
>
> Ethan: Vamos Alex. Tienen todo el día la publicidad de institutos y universidades todo el día en la televisión donde se escucha a chicas jóvenes que salen y dicen "¡ya tengo una carrera!". Todavía tienen programas.
>
> Alex: ¿Entonces vos pensás que de verdad se puede pasar "de pobre a rico", por decirlo de alguna manera?
>
> Ethan: Si, podés. ¿Dónde pensás que vas a estar en 10 años cuando salga tu libro? ¡Estás trabajando duro en el corazón de Oakland! Estás entrevistando hermanos para hacer un libro, eso es trabajar duro, estás buscándotela. No digo que nos estás usando, ¿Entendés lo que quiero decir? pero estás trabajando para ganar plata.

La segunda escena también tiene lugar en una conversación con Spike, quien me reveló que había empezado a vender droga a los 13 años para poder proveer a su madre que lo criaba sola y era adicta a la heroína, y protegerla de la violencia que sufría de parte de otros vendedores de droga por no poder pagarles. A pesar de haber experimentado la falta de hogar, hambre y violencia durante gran parte de su adolescencia, Spike tomaba toda la responsabilidad por sus "elecciones" para salir adelante como adolescente en el gueto.

14 de octubre de 2011

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Spike: Mi mamá consumía heroína (hace una pausa por unos segundos manteniendo la mirada baja). Así que para cuando llegué al cuarto grado de la escuela ya estaba listo para lidiar con ciertas situaciones y hacer ciertas cosas, porque al crecer de chico vi un poco de todo. Y me acuerdo de estar sentado en clase, me fuí de la escuela, y me dije a mi mismo que no quería ser uno de esos chicos que ven a su mamá ser atacada porque le debe plata a alguien por drogas... Así que tuve que tomar una decisión de vida: dejar la escuela y vender drogas para cuidar a mi mamá de su adicción o lidiar con las consecuencias que venían con eso... Así que como un niño creciendo, crecí en la vida vendiendo droga para diferentes personas.

Alex: ¿Así que empezaste a vender por necesidad, para decirlo de alguna manera? ¿No hubieras empezado si no hubieras tenido necesidades y tu mamá no estuviera consumiendo heroína?

Spike: Hombre, pasar de ser de un chico que no tenía nada, y estoy hablando de no tener nada, pasar a tener algo es un regalo. Y no culpar a nadie por las elecciones que tomé es un regalo más grande. Porque ahora que cambié mi vida, puedo escuchar a la gente decir “Bueno, yo no tenía una figura paterna” ¡No podés culpar a tus papás por eso! Yo ni siquiera conocí a mi papá. Pero cuando estaba cometiendo esos delitos no podía decir “no es mi culpa, ‘porque mi mamá estaba drogándose’. ¡No, yo sabía que estaba haciendo las cosas mal! Sólo porque ella estaba drogándose ¿quiere decir que yo debería estar haciéndolo?

Alex: Entiendo, pero vos como chico, eso es lo que tuviste que enfrentar mientras crecías ¿no?

Spike: Hombre, cuando crecés tenés opciones (*hace una pausa*) que podés tomar (*otra pausa)* en la vida. Tenés opciones. Así que llega un punto en la vida donde decís

> "hombre, no quiero ir a la cárcel. Puedo hacerlo mejor". Entonces, sólo porque tu papá pasó toda su vida en la cárcel, ¿eso quiere decir que vos tenés que hacer lo mismo? ¡No! ¡Tengo hijos que están en la universidad! Yo nunca pasé de sexto grado.
>
> Alex: ¿Entonces no querés que la gente piense que vos hiciste lo que hiciste porque no tenías otras opciones?
>
> Spike: No. Mi pensamiento es que cuando las personas hacen cosas, toman sus propias decisiones. ¡Deja de culpar a otras personas por la mierda que hacés! Como vos me preguntaste, si yo término perdiendo este trabajo (*en la clínica comunitaria*), ¿si yo vuelvo a las calles voy a decir que es su culpa? ¡No lo es! ¿Cómo va a ser su culpa? ¿Qué culpa tiene la organización?
>
> Alex: Entiendo tu punto. ¿Entonces vos tomarías toda la responsabilidad por eso?
>
> Spike: (*enfáticamente)* ¡Tenés que hacerlo! Cuando voy preso, ellos (*la clínica comunitaria)* no irán a la cárcel conmigo.

Como ciudadanos neoliberales en formación, forjados a través de la hiper individualista narrativa correccional del cambio personal y la redención, las personas liberadas que seguí para esta investigación se culpaban únicamente a sí mismas por sus circunstancias del pasado y presente, que sistemáticamente atribuyen a sus propias elecciones, nunca a dinámicas estructurales de opresión racial o de clase que limita sus oportunidades de vida desde la niñez. En este cuadro, la limitación de derechos civiles y políticos sufridos por las personas criminalizadas es normalizada como razonable y un resultado predecible por sus propios estilos de vida abyectos[7]. En este sentido, la emergencia de cualquier tipo de conciencia

[7] Las democráticas consecuencias de esta normalización de la política de quita de derechos de los "ciudadanos custodiados" a través de ideología de responsabilidad personal que ignora las diferencias raciales es analizado por Amy E. Lerman y Vesla Weaver (2014: 25) en su reciente libro *Arresting Citizenship:* "este nuevo y más complejo régimen racial es la amenaza moderna a una democracia radicalmente igualitaria…. En particular, el uso de la elección individual para explicar la sobrerrepresentación de personas negras en la justicia penal—ya sea que

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

política como miembros de un grupo social subordinado por la opresión estructural, la desigualdad social, y la discriminación racial, se previene eficazmente a través de la obstinada ideología conductista que se promueve activamente en cada ámbito de la vida de estas personas a través del sistema criminal penal, desde un arresto a la detención preventiva, desde la negociación de la pena hasta la sentencia, desde el encarcelamiento hasta la reinserción.

Conclusión: contra la reforma penal neoliberal

A mediados de los años 70, Estados Unidos abandonó la guerra contra la pobreza (una de las guerras más cortas que haya tenido) y declaró la guerra contra los pobres (Gans, 1995; Katz, 2013). Durante las siguientes cuatro décadas, las élites del poder tratarían a los pobres racializados del país como una clase peligrosa y confinarían a un número increíble de ellos en prisión; dinamitaron su estatus socioeconómico, debilitarían sus derechos civiles, políticos y sociales, y más importante aún, amenazarían con el mismo destino a todos aquellos que no suscriban a las nuevas condiciones de explotación, subordinación e inseguridad existencial que traería la reestructuración capitalista y la revolución neoliberal de finales del siglo XX (Véase Camps, 2016; De Giorgi, 2012; Wacquant, 2013).

En el comienzo de la gran recesión de 2008, algunas señales contradictorias comenzaron a emerger del campo penal estadounidense. Durante los últimos años el país fue testigo de una tímida reducción en algunos estados de su población prisionizada, impulsada principalmente por cuestiones presupuestarias. En este contexto, la postura “duros con el crimen” de las últimas tres décadas parece haber perdido terreno para lo que en un reciente libro Hadar Aviram (2015) ha definido como la emergencia del enfoque “castigo low-cost”, que parece más preocupado por la

se considere que la decisión de cometer delitos proviene de una falta de valores morales o que tiene sus raíces en las trampas de la pobreza—es particularmente perjudicial, porque atenta contra otro valor fundamental de la democracia liberal: la idea de la libertad individual. Al utilizar el lenguaje de la elección personal para justificar la desigualdad racial, permitimos, en efecto, que una norma democrática (la libertad) justifique la subversión de otra (la igualdad)”.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

administración del sistema correccional a través del cálculo de costo-beneficio que por un esfuerzo de serio de desmantelar el estado carcelario a través de mejores condiciones de vida tanto adentro como afuera de las prisiones. Incluso si continuara bajo la presidencia de ley y orden de Donald Trump, las reformas penales inspiradas por cuestiones de presupuesto—como las promovidas por iniciativas bipartidistas actuales como la *Coalition for Public Safety*, *Right on Crime*, etc.—aunque necesarias para para iniciar una modesta reducción de la población en las prisiones, ni siquiera comenzarían a abordar la crisis estructural del encarcelamiento masivo en Estados Unidos. De la misma manera, cuando se trata de la reinserción de las personas liberadas, las políticas actuales, las propuestas de reforma, y la retórica basada en la evidencia que las acompaña, omiten cualquier consideración de los procesos estructurales que producen, y continúan reproduciendo las condiciones de pobreza segregada y marginalidad a la que vuelven las personas liberadas (véase también Gottschalk, 2015).

A pesar de los abismales niveles de negligencia y abuso que caracterizan las prisiones y cárceles locales de Estados Unidos—especialmente cuando se trata de salud física y mental de quienes las habitan—las instituciones penales vienen a representar una de las pocas fuentes de ayuda pública con que cuentan las personas pobres de los guetos postindustriales, y a menudo son su única posibilidad de acceder a comida, refugio y esporádica atención médica básica. Al final, la nueva austeridad penal promovida por las campañas de reforma penal mainstream, parece ser menos un indicador del reconocimiento social de la estructura de injusticia del Estado penal estadounidense, como de la creciente falta de voluntad de la nación para financiar *siquiera las prisiones,* en la medida que el sistema carcelario se volvió esencialmente el único proveedor residual de servicios sociales básicos para las poblaciones pobres y racializadas de Estados Unidos[8].

[8] Esto se encuentra ilustrado, entre otros, por Armando Lara-Millan y Nicole Gonzalez Van Cleve (2017: 72) en su reciente estudio etnográfico por el rol cumplido por los agentes de las cárceles locales de control de acceso al limitar el acceso a los "beneficios de las cárceles locales" a los pobres que no lo merecen: "el personal de admisión considera que una parte de la población de las cárceles locales comete delitos a propósito para recibir los 'beneficios de las cárceles locales", aquello que los agentes interpretan como refugio y seguridad ante las calle,

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

El sistema carcelario estadounidense (y la emergencia de la industria de reinserción como una extensión del mismo) continúa cumplimiento el rol que las instituciones penales han tenido históricamente en las sociedades capitalistas de acuerdo al marco teórico materialista que inspira este trabajo: transformar a los pobres en criminales, a los criminales en prisioneros, y a los prisioneros en una fuerza laboral desechable lista para llenar las filas de los trabajadores pobres (véase, De Giorgi, 2006, 2012; Melossi y Pavarini, 1981; Rusche y Kircheimer, 1939/2003). En ese proceso, el Estado carcelario también realiza un trabajo ideológico central: el disciplinamiento de los grupos sociales marginalizados y explotados para que internalicen su condición estructural de opresión como el resultado predecible de su propio comportamiento criminal, y normalizar cualquier forma de negligencia, marginalización y explotación en la "sociedad libre", como una opción preferencial antes que resistir la subyugación—a través de delitos de supervivencia cuando no es a través de la movilización política—y siendo castigados por sus revoltosos comportamientos. En última instancia, la reproducción de un gran ejército de personas pobres privadas de derechos, despojadas de poder para resistir su explotación en el mercado laboral, y lo suficientemente desesperadas como para aceptar las condiciones de trabajo—no importa cuán inseguras, precarias, o mal pagas—como la única alternativa para evitar morir de hambre o un nuevo encarcelamiento; no es una consecuencia indeseada, o un efecto colateral de la cárcel, sino una de sus características constitutivas e histórica razón de ser.

Como escribió Georg Rusche en 1993 en su artículo titulado "Mercado laboral y sanción penal", que sentó las bases del enfoque materialista de la criminología conocido como la política económica del castigo:

> "(...) todos los esfuerzos para reformar el castigo de los criminales están inevitablemente limitados por la situación de

comida, ducha y servicios médicos. Tal como llegaron a entender su rol […] es en parte impedir que gente que entienden como pobres no merecedores ingresen a la cárcel local. Es común en el personal de admisión referirse a los detenidos como "clientes regulares" y estar atentos por detenidos que intenten "aprovecharse del sistema" (véase también Comfort, 2007: 285-89).

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

> la clase proletaria socialmente más baja que la sociedad quiere disuadir de los actos delictivos. Todos los esfuerzos de reforma, por muy humanitarios y bienintencionados que sean, que intenten ir más allá de esta restricción, están condenados al utopismo" (Rusche, 1933/1978: 4).

Esto quiere decir que en la medida que las condiciones de vida para aquellos en lo más bajo de la estructura de desigualdad de raza y clase en Estados Unidos esté caracterizada por pobreza crónica, pérdida de derechos civiles y políticos, y una marginalidad persistente, la prisión—incluso reformada—seguirá manteniendo su rol como herramienta para el gobierno punitivo de los pobres racializados. A falta de una reforma radical tanto del sistema penitenciario hipertrófico como del sistema de bienestar punitivo de los Estados Unidos, con el objetivo de garantizar el derecho humano a la salud, la educación, la vivienda, y adecuados estándares de vida para todos, cualquier esfuerzo para reducir la población de las prisiones no conseguirá más que engrosar las filas del ejército de reserva del trabajo postindustrial (Marx, 1867/1976: 781-802). Si es verdad que el encarcelamiento masivo ha retrotraído las conquistas del movimiento por los derechos civiles de los años 60, entonces llegó el tiempo para una nueva movilización por derechos sociales: un movimiento dirigido por las población que han sido el objetivo del experimento penal estadounidense—los pobres, los desempleados y las minorías urbanas estigmatizadas—para retomar la lucha inconclusa contra la negligencia neoliberal y el Estado carcelario que gracias a ella continúa creciendo.

~ ~ ~

Agradecimientos

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

El autor quiere darles las gracias a Carla Schultz, Eric Griffin, Hilary Jackl, Maria Martinez, Samantha Sinwald, Sarah Matthews, and Sarah Rae-Kerr por su invaluable asistencia en la investigación. Muchas gracias a la revista *Social Justice* por autorizar la publicación de esta traducción, y a Judah Schept, Megan Comfort, y a Stefania De Petris por sus valiosas devoluciones sobre borradores anteriores de este artículo.

Referencias bibliográficas

Alameda County Probation Department: *Road to Reentry: Alameda County Adult Re-Entry Strategic Plan*, Oakland, CA: Alameda County Probation Department, 2014.

Alexander, Michelle: *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*, New York: The New Press, 2010.

Aviram, Hadar: *Cheap on Crime: Recession-Era Politics and the Transformation of American Punishment*, Oakland: University of California Press, 2015.

Bauman, Zygmunt: *Wasted Lives: Modernity and Its Outcasts*, Cambridge, UK: Polity, 2003.

Beitel, Karl: *Local Protests, Global Movements: Capital, Community, and State in San Francisco*, Philadelphia: Temple University Press, 2013.

Bourgois, Philippe: "Just Another Night in a Shooting Gallery", *Theory, Culture & Society*, 15(2), 1998, 37–66.

Braman, Donald: *Doing Time on the Outside: Incarceration and Family Life in Urban America*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2004.

Bumiller, Kristin: "Bad Jobs and Good Workers: The Hiring of Ex-Prisoners in a Segmented Economy", *Theoretical Criminology*, 19(3), 2015, 336–54.

Camp, Jordan T.: *Incarcerating the Crisis: Freedom Struggles and the Rise of the Neoliberal State*, Oakland: University of California Press, 2016.

Carson, Ann E. y Anderson, Elizabeth: *Prisoners in 2015*, Washington, DC: Bureau of Justice Statistics, 2016.

Causa Justa/Just Cause: *Development without Displacement: Resisting Gentrification in the Bay Area*, Oakland, CA: CJJC, 2014.

Comfort, Megan: "Punishment beyond the Legal Offender", *Annual Review of Law and Social Science*, 3, 2007, 271–96.

Comfort, Megan: *Doing Time Together: Love and Family in the Shadow of the Prison*, Chicago: University of Chicago Press, 2008.

Comfort, Megan: "'A Twenty Hour a Day Job': The Repercussive Effects of Frequent Low-Level Criminal Justice Involvement on Family Life", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 665(1), 2016, 63–79.

Currie, Elliott: "Consciousness, Solidarity and Hope as Prevention and Rehabilitation", *International Journal for Crime, Justice and Social Democracy*, 2(2), 2013, 3–5.

De Giorgi, Alessandro: *Re-Thinking the Political Economy of Punishment: Perspectives on Post-Fordism and Penal Politics*, Aldershot, UK: Ashgate, 2006.

De Giorgi, Alessandro: "Punishment and Political Economy", en Simon, Jonathan y Sparks, Richard (eds.), *The SAGE Handbook of Punishment and Society*, London: Sage, 2012, 40–59.

Desmond, Matthew: *Evicted: Poverty and Profit in the American City*, New York: Crown Publishers, 2016.

Doussard, Marc: *Degraded Work: The Struggle at the Bottom of the Labor Market*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 2013.

Feeley, Malcolm M. y Simon, Jonathan: "The New Penology: Notes on the Emerging Strategy of Corrections and Its Implications", *Criminology*, 30(4), 1992, 449–74.

Foucault, Michel: *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction*, New York: Pantheon Books, 1978.

Gans, Herbert: *The War Against the Poor: The Underclass and Antipoverty Policy*, New York: Basic Books, 1995.

Goffman, Alice: *On the Run: Fugitive Life in an American City*, Chicago: University of Chicago Press, 2014.

Gottschalk, Marie: "Razing the Carceral State", *Social Justice*, 42(2), 2015, 41–51.

Gowan, Teresa: "The Nexus: Homelessness and Incarceration in Two American Cities", *Ethnography*, 3(4), 2002, 500–34.

Gowan, Teresa: *Hobos, Hustlers, and Backsliders: Homeless in San Francisco*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010.

Gowan, Teresa y Whetstone, Sarah: "Making the Criminal Addict: Subjectivity and Social Control in a Strong-Arm Rehab", *Punishment & Society*, 14(1), 2012, 69–93.

Halushka, John: "Work Wisdom: Teaching Former Prisoners How to Negotiate Workplace Interactions and Perform a Rehabilitated Self", *Ethnography*, 17(1), 2016, 72–91.

Harvey, David: *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, UK: Oxford University Press, 2005.

Irwin, John: *The Jail: Managing the Underclass in American Society*, Berkeley: University of California Press, 1985.

Kaeble, Danielle y Gaze, Lauren: *Correctional Populations in the United States, 2015*, Washington, DC: Bureau of Justice Statistics, 2016.

Katz, Michael B.: *The Undeserving Poor: America's Enduring Confrontation with Poverty*, Oxford, UK: Oxford University Press, 2013.

Lara-Millan, Armando y Gonzalez Van Cleve, Nicole: "Interorganizational Utility of Welfare Stigma in the Criminal Justice System", *Criminology*, 55(1), 2017, 59–84.

Lazzarato, Maurizio: *Governing by Debt*, South Pasadena, CA: Semiotext(e), 2015.

Lerman, Amy E. y Weaver, Vesla: *Arresting Citizenship: The Democratic Consequences of American Crime Control*, Chicago: University of Chicago Press, 2014.

Lofstrom, Magnus y Martin, Brandon: *Public Safety Realignment: Impacts So Far*, San Francisco: Public Policy Institute of California, 2015.

Lowman, John, Menzies, Robert J. y Palys, T. S.: *Transcarceration: Essays in the Sociology of Social Control*, Farnham, UK: Gower, 1987.

Marx, Karl: *Capital, Vol. 1*, London: Penguin Books, 1867/1976.

Melossi, Dario y Pavarini, Massimo: *The Prison and the Factory: Origins of the Penitentiary Question*, Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan, 1981.

Miller, Reuben: "Devolving the Carceral State: Race, Prisoner Reentry, and the Micro-Politics of Urban Poverty Management", *Punishment & Society*, 16(3), 2014, 305–55.

Murch, Donna: *Living for the City: Migration, Education, and the Rise of the Black Panther Party in Oakland, California*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2010.

Pager, Devah: *Marked: Race, Crime, and Finding Work in an Era of Mass Incarceration*, Chicago: University of Chicago Press, 2007.

Patterson, Orlando: *Slavery and Social Death: A Comparative Study*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1982.

Petersilia, Joan: *When Prisoners Come Home: Parole and Prisoner Reentry*, Oxford, UK: Oxford University Press, 2003.

Pettit, Becky: *Invisible Men: Mass Incarceration and the Myth of Black Progress*, New York: Russell Sage Foundation, 2012.

Price, Joshua M.: *Prison and Social Death*, New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 2015.

Rohmberg, Chris: *No There There: Race, Class, and Political Community in Oakland*, Berkeley: University of California Press, 2007.

Roman, Caterina G. y Travis, Jeremy: *Taking Stock: Housing, Homelessness, and Prisoner Reentry*, Washington, DC: The Urban Institute Justice Policy Center, 2004.

Rudes, Danielle S.: "Getting Technical: Parole Officers' Continued Use of Technical Violations under California's Parole Reform Agenda", *Journal of Crime and Justice*, 35(2), 2012, 249–68.

Rusche, Georg: "Labor Market and Penal Sanction: Thoughts on the Sociology of Criminal Justice", *Crime and Social Justice*, 10, 1933/1978, 2–8.

Rusche, Georg y Kirchheimer, Otto: *Punishment and Social Structure*, New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 1939/2003.

Self, Robert: *American Babylon: Race and the Struggle for Postwar Oakland*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2003.

Simon, Jonathan: *Poor Discipline: Parole and the Social Control of the Underclass, 1890-1990*, Chicago: The University of Chicago Press, 1990.

Smith, Neil: *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*, London: Routledge, 1996.

Soss, Joe, Fording, Richard C. y Schram, Sanford F.: *Disciplining the Poor: Neoliberal Paternalism and the Persistent Power of Race*, Chicago: The University of Chicago Press, 2011.

Standing, Guy: *The Precariat: The New Dangerous Class*, London: Bloomsbury Academic, 2011.

Sullivan, Mercer L.: *"Getting Paid": Youth Crime and Work in the Inner City*, Ithaca, NY: Cornell University Press, 1989.

Thompkins, Douglas E.: "The Expanding Prisoner Reentry Industry", *Dialectical Anthropology*, 34(4), 2010, 589–604.

Thompson, Anthony C.: *Releasing Prisoners, Redeeming Communities: Reentry, Race, and Politics*, New York: New York University Press, 2008.

Tonry, Michael: *Punishing Race: A Continuing American Dilemma*, Oxford, UK: Oxford University Press, 2011.

Travis, Jeremy: *But They All Come Back: Facing the Challenges of Prisoner Reentry*, Washington, DC: Urban Institute Press, 2005.

Wacquant, Loïc: "Deadly Symbiosis: When Ghetto and Prison Meet and Mesh", *Punishment & Society*, 3(1), 2001, 95–134.

Wacquant, Loïc: *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*, Cambridge, UK: Polity, 2008.

Wacquant, Loïc: *Punishing the Poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity*, Durham, NC: Duke University Press, 2009.

Wacquant, Loïc: "Crafting the Neoliberal State: Workfare, Prisonfare, and Social Insecurity", *Sociological Forum*, 25(2), 2010, 197–220.

Wacquant, Loïc: "The Wedding of Workfare and Prisonfare Revisited", *Social Justice*, 38(1-2), 2013, 203–21.

Werth, Robert: "I Do What I'm Told, Sort Of: Reformed Subjects, Unruly Citizens, and Parole", *Theoretical Criminology*, 16(3), 2012, 329–46.

Werth, Robert: "Breaking the Rules the Right Way: Resisting Parole Logics and Asserting Autonomy in the USA", en Armstrong, Ruth y Durnescu, Ioan (eds.), *Parole and Beyond: International Experiences of Life After Prison*, London: Palgrave Macmillan, 2016, 141–69.

Western, Bruce: *Punishment and Inequality in America*, New York: Russell Sage Foundation, 2006.

Western, Bruce y Wildeman, Christopher: "The Black Family and Mass Incarceration", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 621(1), 2009, 221–42.

Wildeman, Christopher: "Parental Imprisonment, the Prison Boom, and the Concentration of Childhood Disadvantage", *Demography*, 46(2), 2009, 265–80.

Cuestiones Criminales, 9 (17), 423-471
©2026 LESyC, UNQ
ISSN: 2618-2424
www.cuestionescriminales.unq.edu.ar

Wilkerson, Isabel: *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration*, New York: Vintage, 2010.

Wolch, Jennifer R.: *The Shadow State: Government and Voluntary Sector in Transition*, New York: Foundation Center, 1990.